

CAPITULO VII.

El prior Juan Perez de Marchena.



os se oculta en los detalles de las cosas humanas, y se presenta en su conjunto.

Ningun hombre sensato ha podido negar que los grandes acontecimientos que constituyen la vida histórica de la humanidad, han sido enlazados y coordinados secretamente por un hilo invisible, suspendido de la mano todopoderosa del soberano organizador de los mundos, para hacerles concurrir á un designio, á un plan.

¿Y cómo no habia de suceder esto?

¿Cómo habia de ser ciego el que ha dado la luz á los ojos?

¿Cómo habia de carecer de idea y de pensamiento el que ha dotado á la criatura de inteligencia?

Los antiguos llamaban á este plan oculto, absoluto é irresistible de Dios, respecto de las cosas humanas, el destino, la fatalidad.

Los modernos le llaman la Providencia, nombre más inteligible, más religioso y más paternal.

Estudiando la historia de la humanidad, no puede ménos de reconocerse, á través de la accion libre del hombre, la accion soberana de la Providencia.

Esta accion no aminora en nada la libertad de nuestros actos, libertad que constituye la moralidad de los individuos y de los pueblos.

Ella es la causa general de los actos de los individuos de los pueblos, el instrumento oculto, pero divino, de que se vale la Providencia cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó realizar sus planes.

La inspiracion es verdaderamente un misterio humano, cuyo origen es difícil hallar en el hombre mismo.

Viene de más arriba y de más léjos.

Hé aquí la razon por la que se le ha dado un nombre misterioso tambien, nombre que no se define apénas por ningun idioma.

Este nombre es el de *génio*.

La Providencia hace que nazca un hombre de génio.

El génio es un don, una cualidad que no se adquiere con el trabajo, que no se obtiene por la virtud, de cuya naturaleza y posesion no pueden darse cuenta ni aun aquellos mismos que lo sienten.

A este génio envía la Providencia la inspiracion.

La inspiracion es al génio lo que el iman al metal.

Le atrae, independientemente de su conciencia y de su voluntad, hácia algo de fatal y de desconocido.

El génio sigue esta inspiracion que le arrastra, y encuentra un mundo moral ó un mundo físico.

Cristóbal Colon era un hombre de génio.

Natural era que la Providencia, por medio de la inspiracion, le animase á realizar el descubrimiento de la América.

Hé aquí las reflexiones que se hacia el prior del convento, cuando al retirarse de su celda, preocupado con las narraciones que habia oido aquella tarde, no pudo conciliar el sueño, y meditaba en los proyectos de aquel hombre, en quien, bajo la forma del pordiosero, habia descubierto un génio privilegiado.

Sabio tambien, y á pesar de su carácter religioso, muy dado á los estudios de las ciencias relativas á la navegacion, no podia ménos de apreciar en su justo valor todas las observaciones de Colon, ni de convencerse de que podia ser realidad lo que hasta entónces todos habian calificado de delirio.

Colon aspiraba á completar el globo, impulsado, más que por otra cosa, por la necesidad de la unidad geográfica terrestre.

Este deseo era una inspiracion de su época.

Hay ideas que flotan en el aire como miasmas intelectuales, que respiran á un tiempo millares de hombres.

Cada vez que la Providencia prepara al mundo para sufrir cualquiera trasformacion moral, religiosa ó política, se observa con regularidad este mismo fenómeno.

Esto es: una aspiracion y una tendencia más ó ménos completa á la unidad del globo, por la conquista, por el idioma, por el proselitismo religioso, por la navegacion, por los descubrimientos geográficos, ó por la multiplicacion de las relaciones de los pueblos entre sí, y estos pueblos se convierten en uno solo, ayudados por las vías de comunicacion, por las mútuas necesidades, por los cambios de todas clases que entre ellos se operan.

Esta tendencia á la unidad del globo, en ciertas épocas, es uno de los datos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así, pues, cuando la gran civilizacion oriental de las indias y del Egipto parecia agotarse en la senectud; cuando Dios quiso renovar en el Asia y en el Occidente su civilizacion senil por otra más jóven, más activa, más emprendedora, designó á Alejandro, el cual, sin saber por qué, abandonó los valles de la Macedonia, y el mundo conocido fué uno bajo la influencia del terror y la gloria de su nombre.

Quiso despues congregar un auditorio inmenso ante el Verbo trasformador del cristianismo en el Oriente y el Occidente, y divulgó el idioma, la dominacion, las armas de Roma y de César, desde las orillas del Golfo Pérsico hasta las montañas de la Escocia, uniendo bajo el cetro de una sola idea la Italia, las Galias, la Gran Bretaña, la Sicilia, la Grecia, el Africa y el Asia.

Algunos siglos despues se propone arrancar á la Arabia y á la Persia de las garras de la barbarie, y hacer prevalecer el dogma irresistible de la unidad de Dios sobre la idolatría y la indiferencia de aquellos países atrasados y corrompidos.

Arma á Mahoma con el Corán y con la cimitarra, y permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxus y el Tajo, entre el Thibet y el Libano, entre el Atlas y el Tauro.

Una inmensa unidad de imperio responde á una inmensa unidad de idea.

Lo mismo pasa á Carlo Magno en Occidente; cuando su monarquía universal, situada á los dos lados de los Alpes, prepara con la Sicilia y la Germania el vasto centro donde la civilizacion cristiana va á recibir y á bautizar las hordas bárbaras del Norte.

En nuestros dias, no ya bajo la forma de conquista, sino bajo la forma de comunicaciones intelectuales, comerciales y pacíficas entre todos los continentes y todos los pueblos del globo, la ciencia es la que, erigiéndose en conductor universal, en vez de destruir, crea; en vez de producir el caos, difunde la luz, y sus beneficios alcanzan á todos, lo mismo al que se sienta bajo el sόlio, que al humilde obrero que con el sudor de su frente gana el sustento de su familia.

Hoy es el génio de la industria y de los descubrimientos el que la Providencia ha elegido para realizar la más com-

pleta unidad del globo terrestre, para convertir á los hombres en hermanos.

La navegacion, la imprenta, el vapor, esta fuerza económica é irresistible que lanza al hombre, á los ejércitos y á las mercancías á donde va su pensamiento; la construccion de las vías férreas, que horadando las montañas, vencen á los titanes de la antigüedad y nivelan toda la extension de la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que da á las comunicaciones entre ambos hemisferios la celeridad del rayo; los globos aereostáticos, que aún buscan un timon, pero que acaso no tarden en hacer navegaciones en un elemento más universal y ménos proceloso que el Océano; todas las revelaciones casi contemporáneas que la Providencia ha dado por medio de la inspiracion del génio industrial, son otros tantos elementos de concentracion, de contraccion del globo; son otros tantos lazos que unen entre sí á los hombres; lazos tan eficaces, que es imposible no ver en ellos un desig- nio de la Providencia, un último esfuerzo hácia lo descono- cido, revelándose en esto que la divinidad reserva para nos- otros y nuestros descendientes, miras todavía ocultas á nues- tra débil vista, que tal vez podrá ser la unidad del pensa- miento, y de ella desprenderse la gran unidad de accion en el povenir de los hombres.

No podia pensar de otra manera el buen prior del convento de la Rábida.

La época en que vivia se semejaba mucho al caos.

Pero como las inteligencias superiores presienten lo que no ven, adivinan lo que no saben, no podia ménos el venera- ble anciano de descubrir el dedo de la Providencia en la ins- piracion de que se hallaba poseido su huésped.

Era tan grandioso su pensamiento, tan poderosas las razo- nes que alegaba para expresar su idea; por otra parte, como

su monasterio estaba muy próximo al puerto de Palos, uno de los puertos de Andalucía donde más actividad reinaba entónces, habia tenido ocasion de hablar con los navegantes, y en sus narraciones y en sus creencias hallaba comprobadas las de Colon.

Partiendo de las suposiciones de los otros, iba mucho más allá.

Juan Perez de Marchena, á quien, como ya hemos dicho antes, no habian alucinado los esplendores de la corte; que habia debido á sus virtudes y talento, no al favor y á la in- triga, el haber sido confesor de la reina Isabel, durante toda su vida habia profesado un inmenso amor al estudio, y no eran las ciencias naturales y los problemas que se agitaban por entónces los que ménos habian ocupado su imaginacion.

La piedad, el entusiasmo y la conviccion se apoderaron de su espíritu; vió en Colon uno de esos hombres á quienes los príncipes no comprenden, y resolvió proteger á su huésped, no tanto al principio por que ofrecia el descubrimiento de nuevas tierras, sino por la fe que tenia en esta esperanza.

—Yo necesito amparar á ese hombre, se dijo el prior, no solo para arrancarle de los brazos de la miseria, sino para ayudarle en la realizacion de su pensamiento.

Impulsado por este deseo, se creyó destinado por el cielo á ser desde el fondo de su soledad el introductor de Colon en la corte, el lazo que uniera su poderoso génio al deseo de proteccion de la reina, el apóstol de su gran pensamiento.

La nobleza, el carácter, el valor, la modestia, la gravedad, la elocuencia, la virtud, la dulzura, la amabilidad, la pacien- cia, el infortunio, que llenaban, por decirlo así, la esencia de aquel hombre privilegiado, conquistaron su aprecio, y el gran Colon no tuvo en él un protector vanidoso, un patrocinador indiferente, sino un verdadero y generoso amigo.

Preocupado por estos propósitos, resolvió detener algunos días en el convento al viajero y á su hijo.

Al día siguiente pidió Colon permiso al prior para despedirse de él.

Inmediatamente hizo Juan Perez de Marchena que entrase en su celda.

—¿Tan pronto deseais abandonarme?

—Son muchas las mercedes que me habeis dispensado, y yo no seria digno de ellas si abusase. ¿Qué más podeis hacer por mí de lo que habeis hecho?

—Si alguna gratitud os inspira mi afecto, yo os suplico que permanezcais algunos días en esta casa. En ella, con nuestra ayuda, podreis recobrar las fuerzas que las privaciones os han arrebatado. Nada os faltará á vos ni á vuestro hijo. Entre tanto, hablaremos los dos de vuestros planes, los someteremos á los hombres más instruidos de la ciudad, á los navegantes que hay en Palos, maduraremos vuestro plan, y yo os ayudaré á realizarle.

¿Cómo no acceder á este ruego, sinceramente expresado por el prior del convento?

Colon besó la mano del venerable anciano y accedió á sus deseos.

Aquel mismo día envió el prior á buscar á un hombre eminente, amigo suyo, á quien llamaban el médico Fernandez, y á un gran piloto del puerto de Palos, Pedro de Velasco, los cuales, reunidos en su convento, oyeron á Colon con asombro al principio, con admiracion despues, con conviccion al fin, y concluyeron por ser sus más entusiastas prosélitos.

No habia duda para ellos, como no la habia para Colon: existia un nuevo mundo, desconocido por completo de los habitantes del mundo viejo.

El deseo de proteccion hácia el ilustre geógrafo que abrigaba el prior, llegó á convertirse en su alma en una verdadera pasion, cuando confirmaron la exactitud de sus creencias el médico Fernandez y el piloto Velasco.

Ocho días trascurrieron de esta manera.

Al cabo de ellos tomó el prior una resolucion, y llamando á su huésped:

—Es necesario, le dijo, que partais á cumplir vuestro destino. Yo os rogaba hace poco que os quedaseis aquí. La conviccion profunda que tengo del porvenir que os está reservado, me impulsa á suplicaros lo contrario.

No hay duda, la Providencia os ha designado para contribuir al esplendor de España, para abrir á la posteridad nuevos caminos, nuevos horizontes; tal vez para que extendais la religion cristiana en regiones donde es desconocida, donde las almas no pueden disfrutar sus inmensos beneficios. Id, Colon, id; pero ántes quiero pedir os un favor.

—Hablad, padre mio, hablad.

—Dejadnos vuestro hijo; en nosotros hallará una familia, en mí un padre. Nosotros le educaremos, nosotros le haremos digno de vos. De esta manera, con la seguridad de que nada le falta, podeis partir, podeis encaminaros á la corte y ofrecer vuestros planes á los augustos reyes Isabel y Fernando.

—¿Es posible, Dios mio? ¿Quereis concederme tan señalado favor?

—Lo mereceis, y aun es muy poco lo que hago por vos. Para que vengais las dificultades que se puedan oponer á vuestros designios, voy á daros una carta de recomendacion para el actual confesor de la reina. Cuando su majestad sepa que yo os envío, ella, que no ha olvidado que he sido durante mucho tiempo su confesor, su consejero; que sabe que

desde mi retiro pido todos los días á Dios por su vida, por su acierto, por su grandeza, escuchará mi voz y la del buen amigo á quien voy á recomendaros. Vuestro triunfo es seguro.

Colon cayó á los piés del venerable sacerdote.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio! exclamó. ¡Me dais la vida! Si al fin realizo mis esperanzas, si al fin mi nombre conquista la gloria que he ambicionado, si mis sueños se convierten en realidades, si puedo ofrecer á España un nuevo mundo, á vos lo deberé, á vos que me habeis arrancado de las garras de la miseria, porque sin vuestro caritativo apoyo, sin los recursos que me habeis ofrecido al llegar á las puertas del convento, sin el cariño, sin la atención con que me habeis tratado, sin el noble y generoso deseo que ha despertado mi confianza en vuestro corazón, yo no hubiera podido avanzar en mi camino; hubiera tenido que sucumbir bajo el peso de la desgracia, y no solamente hubiera dejado un huérfano en el mundo, sino que hubiera llevado á la tumba mi secreto y mi gloria.

—Dad gracias á Dios, hijo mio. ¡El es quien da fuerzas al naufrago para llegar al puerto! ¡El es el que inspira á los poderosos el sentimiento de la protección hácia los débiles! ¡El es, en fin, el juez que premia á los buenos y castiga á los malos!

Es necesario que partais mañana mismo: nada os faltará.

Ademas de la carta que os pienso dar para el padre Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, prelado insigne, confesor de la reina, y hombre de gran piedad y de buen corazón; ademas de esta carta, que será eficacísima, aceptareis de mí, porque yo así lo quiero, cuantos recursos necesiteis para presentaros con alguna decencia ante los soberanos.

Al día siguiente, después de abrazar á su hijo, que le despidió con las lágrimas en los ojos, y de estrechar la mano á todos los individuos de la comunidad, que le veían partir con sentimiento, abrazó á fray Juan Pérez de Marchena.

Después de recibir su bendición, partió del convento de la Rábida con la alegría y la esperanza en sus límpidos y brillantes ojos.

El superior había puesto á su disposición una mula y un guía para que le condujese á la corte.

Al mismo tiempo le había entregado una provista bolsa.

De esta manera salió Colon del convento de la Rábida para acercarse á la realización de su grandiosa idea.

Pero aún no había acabado su calvario.